

Trinidad, Oasis Ignorado

Por ESTEBAN DE VARONA

LOS cubanos hemos destruido mucho de cuanto nos legaran generaciones que, sin duda, sabían vivir y pensar de manera menos banal que la nuestra. Plazas, palacios, casas y calles han sufrido los efectos de esa ignorancia mezclada con ligereza que adorna —y hace insignificante— a tanto contemporáneo...

La confusión de valores nos ha llevado muy lejos —en todos los órdenes—. Tan lejos, que hemos perdido el gusto de "lo esencial" para entregarnos a la adoración del becerrillo de oro de "lo trivial", de lo que no cuesta, de lo intrascendente. Recogemos la espuma en la cresta de la ola evitando mojar nos la mano. Y lo vamos logrando.

El mal trato soportado por lo que es genuinamente nuestro, en lo que se refiere a esas plazas, palacios, casas y calles, no podía dejar de ocurrir: era fatal, ineluctable, que el contenido de una vivienda secular careciese de significado para intelectos lisiados. ¡Nada justificaba que interviniese un milagro para impedir que fuéramos lógicos con nosotros mismos! La Providencia, seguramente, tenía otros menesteres más urgentes, que reclamaban su ocupada atención, para distraerla salvando muros y piedras venerables del vandalismo tropical...

Y, así libres de actuar, sin ningún escrúpulo de carácter espiritual que frenase ansias especulativas comerciales, picos, palas, artefactos modernos que fabrican techos en horas y casas en se-

manas, se pusieron a trabajar sin tregua hasta terminar su labor. Ahí está. Nuestras ciudades se disfrazaron de falso clásico francés, del horriso pseudorenacimiento español, de copias baratas de "villas" italianas, y de algunas muestras risibles de un neoclásico sin relieve. Aquí y allá, en "ensanches" y "repartos", la inspiración castrense dió rienda suelta a la imaginación de arquitectos y propietarios nuevos ricos, y surgieron esos castillos Tudor tan pintorescos, que completan concienzudamente el panorama...

Panorama anárquico de un urbanismo fallado.

¿Qué nos queda?

Poco, muy poco.

Camagüey, la que fuera Puerto Príncipe de nuestros abuelos —pero, ¿quién recuerda sus abuelos hoy?— está sepultada bajo el cemento de viviendas incoloras, impersonales y monótonas. El barroquismo de Santiago de Cuba ha cedido el paso a algunos ensayos de verticalismo injustificado —barriendo con tradiciones y carácter—. De la capital, de La Habana, más vale no hablar... ¿No estuvo el Palacio de Aldama en inminente peligro de caer, en holocausto a la codicia inculta? Esta es la última flor que nos ha ofrecido el pensil del progreso insular: "urbanizar", así deben creer que se llama eso, el Palacio de Aldama...

Existe, es cierto, una Junta Nacional de Arqueología, que lucha intensamente y que, hace poco, salvó a la iglesia de Paula de pasar al estado de recuerdo, cosa que se anhelaba en un ministerio que, como el de Obras Públicas, bien podría llenar su cometido sin dar el mal ejemplo. Pero aquí, en este país, donde la idoneidad no es un concepto bien definido, lo mismo se proyecta el entubamiento de un arroyuelo que se planea destrozarse la más bella cúpula herreriana de la Isla, con el beneplácito público... La Junta Nacional de Arqueología anda siempre dando carreras, para llegar a tiempo y evitar que el "dinamismo" oficial y el rastacuerismo o la ambición privados hagan de las suyas...

Trinidad escapó a la destrucción. Quizá le haya protegido su Cristo de la Vera-Cruz, que desde 1773, vela por la salud espiritual del pueblo que le venera, y a su voluntad se deba que ese rincón, verdadero oasis de belleza y de serenidad, pasase desapercibido a tanto indocumentado con iniciativa, de esos que tan lozanamente prosperan en nuestra Perla antillana.

Es cierto —no podía dejar de ser— que ningún gobierno (hay que llamarlos de algún modo), que ningún Secretario o Ministro de Educación, ha dado a Trinidad la importancia que un país medianamente civilizado, de veras, le reconocería desde siempre. En Cuba, no debemos olvidarlo, los gobiernos y sus ministros de Educación, están para otros menesteres, más de acuerdo con el anhelo de la masa que les hace llegar... Pero hay que seguir arando con los bueyes que tenemos.

Ignorada unas veces, olvidada otras, pero abandonada siempre, Trinidad ha atravesado estos años de República, como con la cabeza baja, casi avergonzada de su tesoro, entre el temor de una burla y el miedo de un despojo. Ahí está, entre sus valles, al pié de sus montañas, dominando el Caribe desde las torres de sus iglesias y los miradores de sus casonas incomparables, aguardando, resignada, que se le quite el polvo que cubre la pátina de sus piedras; esperando que, algún día, la evolución —o la revolución— transforme ojos que miran sin ver y equilibre espíritus que desorbita la ignorancia y el lucro...

(M, ab 5/46

